

COMPENDIO

DE LA

HISTORIA DE LA EDAD MEDIA.

CUARTA ÉPOCA.

DESDE LA MUERTE DE BONIFACIO VIII HASTA LA TOMA DE CONSTANTINOPLA POR LOS TURCOS OTOMANOS (1).

(1303-1452.)

CAPITULO PRIMERO.

Del pontificado y del imperio desde Bonifacio VIII hasta la coronacion de Federico III.

(1303-1452.)

Este periodo es un tiempo de decadencia para el imperio y el pontificado. Al fijarse en Aviñon, los papas se convierten en esclavos de los reyes de Francia, y no tienen tanto prestigio sobre las demas naciones. La lucha que sostienen con-

(1) AUTORES QUE PUEDEN CONSULTARSE: J. de Muller, *Histoire de la Suisse*, 16 vol. en 8°; Mallet, *Histoire de la Confédération Suisse*; 4 vol. en 8°; Schmid, Kohlrausch, *Histoire d'Allemagne*; Montelle, *Essais historiques sur les accroissements et les pertes de la maison d'Autriche, depuis l'avènement de Rodolphe de Habsbourg*; *Histoire des souverains pontifes qui ont siégés à Avignon, Avignon, 1777*; Maienbourg, *Histoire du grand schisme d'Occident*; *Histoire du concile de Pise*; *Histoire du concile de Constance*; *Histoire du concile de Bâle*; todas las historias de la Iglesia y particularmente la de la Iglesia galicana.

tra los emperadores de Alemania no tiene otro resultado que el de alimentar un cisma que prepara el camino al protestantismo, debilitando el poder imperial y despertando ideas de independencia en los espíritus. El cisma de Occidente que vino despues, enseñó á los pueblos á despreciar los anatemas y á no respetar la autoridad de los sucesores de san Pedro. Al mismo tiempo se oscurecia el brillo de la dignidad imperial perdiendo su crédito y su influjo. Despojada de sus feudos y de sus tesoros por Carlos IV, deshonrada por la indolencia y la cobardía de Wenceslao, solo fue un título vano en manos de Federico III. De esta suerte se debilitaron insensiblemente las dos fuerzas que servian de base y de sosten á la sociedad de la edad media.

§ I. Desde Bonifacio VIII hasta el cisma de Alemania
(1303-1328.)

Formacion de la confederacion Helvética (1308). La confederacion Helvética se formó el año en que murió Alberto I. Este pais, que se hallaba unido al imperio á consecuencia de la incorporacion del reino de Arlés con la Alemania, comprendia doscientos feudos que dependian de la autoridad señorial á título de baronía ó de condado. Habia ademas cuatro ciudades imperiales: Berna, Zurich, Friburgo, Solera, y tres municipalidades inmediatamente sometidas á la autoridad imperial. Estas eran las *Valdstettes* de Uri, Schwitz y Unterwalden. Dícese que el rey Alberto trató de convertir el derecho de patronato que tenia sobre estos tres cantones en un derecho de soberania absoluta. Los Suizos se habrian opuesto, y que él habia entregado á aquellos infelices montañeses á las exacciones provocadoras de su administrador Gessler. Esta tirania habria provocado la conspiracion de Grutli, en que apareció el célebre Guillermo Tell (1). La liga que se formó tuvo por gefes á Stauffacher de Uri, Walter Furts de Schwitz, y Melctal de Unterwalden. El primero de enero de 1308 echaron los conjurados de Suiza á los intendentés imperiales. Enrique VII no se opuso á la nueva organizacion de los tres

(1) Me sirvo de esta forma dubitativa, porque estos hechos, referidos como ciertos por todos los historiadores modernos, son reputados fabulosos. Un erudito alemán, M. Kopp, ha demostrado con documentos auténticos, que no ha existido un bairlo llamado Gessler. Esta observacion se encuentra en el *Compendio* de Mochler.

cantones. Pero á su muerte, Luis de Baviera y Federico de Austria disputaron por el trono, y los Suizos se declararon abiertamente por el duque de Baviera. Los príncipes de la casa de Habsburgo marcharon entonces contra ellos. El hermano de Federico, el duque Leopoldo, reunió un ejército de seis mil hombres y penetró en las montañas. Los Suizos no eran mas que mil y quinientos para rechazarlos. Pero el terreno los favorecia, y aprovechándose de un desfiladero en que habian entrado los enemigos, los destrozaron en Morgarten (1315). Despues de esta victoria renovaron su confederacion, y Luis de Baviera la confirmó (1316). Pronto se acrecentó y afirmó con nuevos cantones. Lucerna se agregó en 1332, Zurich y Glaris en 1351, Zug y Berna en 1352, Saint-Gall en 1405, Friburgo en 1478, Bale, Schaffouse y Appenzell en 1501. La casa de Austria hizo otra tentativa contra la independencia de la confederacion; pero la victoria de Sempach, ganada por Arnolfo de Winkelried (1396), peleando contra otro duque de Austria, llamado igualmente Leopoldo, salvó la libertad helvética para siempre.

De la Alemania hasta la excomunion de Luis V de Baviera (1308-1323). A la muerte de Alberto I recayeron los sufragios electorales en el virtuoso conde Enrique de Luxemburgo. Su reinado fue breve, pero vivió bastante para poder mostrar sobre el trono la nobleza de sus sentimientos y la grandeza de su valor. Desde Conrado IV, ningun emperador habia pasado á Italia. Enrique VII fué, y logró reconciliar á los Güelfos y los Gibelinos; pero pronto se despertaron las malas pasiones, los odios renacieron y fue preciso tomar un partido. Como sus predecesores, se unió á los Gibelinos, tomó á Cremona, Lodi y Brescia, y se dirigió á Roma donde fue coronado emperador por los legados del papa (1312). El rey de Nápoles Roberto y todos los Güelfos se sublevaron contra él, y cuando se disponia á comenzar la guerra, murió repentinamente cerca de Viena de resultas de un resfriado (1313).

Despues de un año de interregno tuvo el imperio dos emperadores, á Luis de Baviera y á Federico de Austria. Las ciudades con el arzobispo de Maguncia á la cabeza estaban

por Luis; la nobleza apoyaba á Federico, promovido por el arzobispo de Colonia (1314). La guerra civil asoló la Alemania por espacio de muchos años. Por último se dió una batalla decisiva en Muldorf en Baviera. La victoria se declaró en favor de Luis, y Federico fue hecho prisionero (1322). Este triunfo alentó al Bávaro, y se aprovechó de él para favorecer á los Gibelinos de Italia. Juan XXII le pidió cuenta de su conducta y lo citó á su tribunal. Luis apeló á un concilio general y se atrevió á acusar al papa de protector de los herejes en una dieta de Francfort. Este acto cismático le valió la excomunión (1323).

Del pontificado hasta el cisma de Pedro de Corbiere (1303-1328). La historia de los últimos años del reinado de Felipe el Hermoso nos da á conocer el carácter de Clemente V, que fue el primer papa que residió en Aviñon. Despues de su muerte, la santa sede estuvo vacante dos años. Al cabo de ellos fue elegido Jacobo de Cahors, que reinó con el nombre de Juan XXII (1316). Defensor inflexible de los derechos de la Iglesia, empezó la lucha contra el emperador excomulgando á Luis de Baviera que habia invadido las prerogativas del poder espiritual. En vez de someterse, el príncipe llamó á su lado á doctores heréticos, entre los cuales se distinguían Guillermo de Occam, Marsilio de Padua y muchos franciscanos condenados. Sirvióse de sus doctrinas para justificarse, y pretendió en virtud de sus decisiones tener derecho para intervenir hasta en los juicios dogmáticos (1324). Bajo la fe de estos manifestos, Luis V pasó á Italia y se hizo coronar en Roma por el prefecto Sciarra Colonna. Despues de este nuevo atentado, Juan XXII renovó contra él la excomunión y lo depuso; y usando de represalias Luis depuso á su vez á Juan XXII, y se creó un antipapa. Él eligió para instrumento suyo á un fraile menor llamado Pedro de Corbiere, quien tomó el nombre de Nicolás V (1328).

§ II. Desde el cisma de Alemania hasta el gran cisma de Occidente (1328-1378.)

Juan XXII y Luis V (1328-1334). Luis de Baviera no se concilió de ningún modo la estimación de los Romanos con esta infuca conducta. Su antipapa, que se habia puesto la tiara, ostentaba un lujo desmedido que disgustaba á todo el mundo. Para satisfacerlo acudía el emperador á nuevas exacciones, y se enagenaba los ánimos de la multitud. Salió de Roma, donde no estaba seguro, para fijarse en Pisa. Al principio lo acogieron los Pisanos con entusiasmo, pero pronto reconocieron su extravío. Enviaron diputados á Juan XXII solicitando su perdón, y el mismo Pedro de Corbiere dió muestras muy sensibles de arrepentimiento. Acudió á Aviñon, se echó á los pies del santo padre, y le rogó con lágrimas ardientes que lo reconciliara con Jesucristo y con su Iglesia. Viéndose abandonado por todos sus partidarios, Luis V dejó la Italia y se retiró á Alemania acompañado de la turba de falsos doctores que lo engañaban sin cesar con pérfidas sugerencias. Con sus perniciosos consejos sembró en Alemania las semillas de la rebelión y del cisma, y la guerra con la santa sede iba comenzando nuevamente, cuando murió Juan XXII (1334).

Último periodo del reinado de Luis V (1334-1347). Benedicto XII que sucedió en la cátedra de san Pedro á Juan XXII, era un pontífice muy dulce y moderado, que no descaba más que la paz. Él hubiera querido reconciliar la santa sede con el imperio, y ya habia hecho oír al príncipe humillado palabras de gracia y de perdón. Pero el rey de Nápoles, Roberto el Sabio, y el rey de Francia, Felipe de Valois, hicieron fracasar este designio. Los electores se reunieron entonces por la vez primera en Rens sobre el Rhin (1338), con el objeto de formar una liga capaz de resistir á todos los enemigos del santo imperio. En ella declararon la independencia del poder civil del poder espiritual, y aun trataron de someter la Iglesia al Estado. Luis hubiera podido sacar mucho partido de esta decla-

ración; pero despues que los electores se pronunciaron en su favor, les inspiró recelos aumentando sin cesar las posesiones de su familia. Por su mujer habia heredado en Holanda Zelanda y Frisa. La extincion de la casa de Brandeburgo le dió ocasion para investir á su hijo con este margraviato. Mas tarde le dió el Tirol casándolo con la heredera de este condado. Estas adquisiciones sucesivas irritaron á la casa de Austria, á la casa de Luxemburgo y al rey de Francia. Los grandes señores se ligaron contra él y lo depusieron, eligiendo en su lugar á Carlos, margrave de Moravia, hijo de Juan el Ciego, rey de Bohemia (1346). Luis se disponia á la defensa cuando la muerte lo sorprendió en medio de sus preparativos de guerra (1347).

Fin del cisma. — Reinado de Carlos IV (1347-1378). El nuevo emperador, oriundo de la casa de Luxemburgo, tuvo que comenzar á pelear contra la casa de Baviera, que le oponia por competidor á Gunther de Schwarzburgo. Pero este príncipe no supo sostener su papel, y murió poco despues de su supuesta eleccion. Los hijos de Luis de Baviera, desconcertados por este contratiempo, reconocieron en seguida á Carlos IV. Este emperador se apresuró á concluir con el cisma entablado con Clemente VI, protector suyo, relaciones de buena inteligencia y perfecta concordia. Luego pensó en hacer una expedicion á Italia. En Milan recibió la corona de hierro, y en Roma la imperial de manos de dos cardenales enviados á este fin por el papa Inocencio VI. Pero parece que habia ido á aquel pais solo para despojarse de todos sus derechos y prerogativas. Él cedió Padua y Veroná á los Venecianos, renunció á sus derechos señoriales de la Italia central (1354), y en el segundo viaje que hizo al otro lado de los Alpes en 1368 sacrificó todas las posesiones que le quedaban.

Política de Carlos IV en Alemania. Como emperador de Alemania su acto mas célebre fue el de la publicacion de la *bula de oro* (1356). Llámase así este edicto, porque el gran sello del imperio que pendia de él estaba encerrado en una caja de oro. Esta ley constitutiva del imperio señala el número de los electores, el lugar de sus asambleas, sus dere-

chos durante las vacantes del imperio, la forma de la eleccion y las prerogativas personales de los electores. Esta bula concedia á los príncipes electores el derecho de explotar minas, acuñar moneda, administrar justicia en última instancia, igualándolos con los reyes. Así preparaba la division de Alemania, convirtiendo á los grandes señores en soberanos independientes, y debilitando proporcionalmente la autoridad imperial. Por su parte Carlos IV no hizo nada para defender esta bula. Él enagenó todos los feudos del imperio, y solo se afaná por engrandecer á su familia y hacer prosperar la Bohemia. Por esta razon enriqueció á Praga con muchas iglesias, conventos y palacios; fundó una universidad que pudo rivalizar en poco tiempo con la de Paris, y protegió las ciencias y las letras en todos sus Estados de Bohemia. Él incorporó la Silesia, la Lusacia y la Moravia en sus dominios, y contrariando lo dispuesto por la *bula de oro*, que exigia que todos los electores fueran independientes, reunió el Brandeburgo con su reino de Bohemia. En su lecho de muerte dividió sus dominios entre sus hijos. A Wenceslao, que era el primogénito, le dió la Bohemia y la Moravia, al segundo, Sigismundo, el Brandeburgo, y á Juan la Lusacia. Pero este murió poco despues de su padre, y Wenceslao y Sigismundo fueron los únicos herederos (1378).

§ III. Desde el gran cisma de Occidente hasta el fin del concilio de Constanza (1378-1417.)

De las causas del gran cisma. Mientras residieron los papas en Aviñon, Roma y la Italia no cesaron de codiciar su vuelta. En diferentes circunstancias fueron enviadas embajadas magnificas para rogarles que consolaran la viudedad de la ciudad eterna. Los versos que pronunció Petrarca en una de estas solemnes ocasiones se han immortalizado con su gloria. A pesar de ser Franceses, los papas de Aviñon no fueron insensibles á tan tiernas súplicas. Conocian que solo en Roma podian conservar su absoluta independencia. Intentaron pues

muchas veces romper sus cadenas; pero las facciones que desolaban la Italia se opusieron siempre al cumplimiento de sus designios. Pero á pesar de estas dificultades y á despecho de las representaciones de Carlos V, rey de Francia, Gregorio XI tuvo la gloria de trasladar la silla pontifical de Aviñon á Roma (1376). A su muerte los Romanos exigieron de los cardenales que nombraran un papa italiano. Sus sufragios recayeron en el arzobispo de Bari que tomó el nombre de Urbano. Su mal humor, sus extravagancias y su mal carácter causaron pronto muchos sentimientos á los cardenales. Diez y seis de entre ellos, bajo el pretexto de que su eleccion no habia sido libre, se separaron de él y eligieron en Agnani al obispo de Cambrai Roberto, que fue Clemente VII (1378). En la duda acerca de la validez de estas dos elecciones, la cristiandad se dividió en dos obediencias. Francia y sus aliados, es decir, Castilla, Aragon, Portugal, Saboya, Escocia, Lorena y el reino de Nápoles se decidieron por Clemente VII que se fijó en Aviñon. Las demas naciones católicas se pronunciaron por Urbano VI.

Desórdenes producidos por el gran cisma (1378-1409). Los dos pontífices rivales se anatematizaron mutuamente y escandalizaron á la cristiandad. Se pensaba que la lucha cesaria con la muerte de Urbano. Pero los cardenales de su partido nombraron para sucederle á Pedro Romacelli, que se llamó Bonifacio IX (1389). A Bonifacio sucedieron Inocencio VII (1404), y Gregorio XII (1406). A pesar de los esfuerzos del clero francés y sobre todo de la universidad de Paris, Clemente VII murió de sentimiento en Aviñon sin haber hecho nada para poner término al cisma (1394). Los cardenales adictos á su obediencia nombraron en su lugar al aragonés Pedro de Luna, el inflexible Benedicto XIII. Este era un hombre tenaz, poco á propósito para hacer la menor concesion en obsequio de la paz. Reinaba al mismo tiempo que Gregorio XII, cuando el concilio de Pisa se reunió para reconciliar los dos partidos (1409).

Concilio de Pisa (1409). La division y la anarquía habia fatigado todos los ánimos. Para concluir con ella, resolvie-

ron juntarse en un concilio los dos partidos de los cardenales. Reuniéronse en Pisa, citaron á los dos papas, y como se negaran á concurrir, los depusieron, y dieron la tiara al anciano cardenal-arzobispo de Milan, que reinó con el nombre de Alejandro V. Si los papas Gregorio XII y Benedicto XIII se hubieran sometido á la decision del concilio, el cisma hubiera terminado. Pero se obstinaron en resistir y conservaron algunos partidarios. Castilla, Aragon y Escocia permanecieron fieles á Benedicto XIII; Roberto de Baviera, el rey Ladislao y algunas ciudades italianas sostuvieron á Gregorio XII; el resto de la cristiandad permaneció neutral, ó se adhirió á Alejandro V. De esta suerte en vez de dos papas hubo tres. Alejandro V no sobrevivió mas que diez meses á su eleccion, y siguió en todo los consejos de Baltasar Cossa, que le sucedió bajo el nombre de Juan XXIII. Este pontífice de rara habilidad logró entrar en Roma (1410). El rey Ladislao lo echó en seguida de allí, y recurrió al emperador Sigismundo, con el cual tuvo muchas conferencias que provocaron la convocacion del concilio de Constanza (1414).

De la Alemania durante este primer período del gran cisma (1378-1414). Carlos IV murió el mismo año en que comenzó el gran cisma. Su sucesor Wenceslao carecia de firmeza y de vigor. Mientras que la Iglesia ofrecia el espectáculo del cisma y sus desórdenes, dejó el imperio entregado á la mas repugnante disolucion. Habiendo renunciado á todos sus derechos en Italia, y no ejerciendo ninguna influencia directa en Alemania, se formaron en todas partes confederaciones que tenían por objeto mantener la paz interior en el pais. De ese modo los prelados y los señores de Brandeburgo, de Sajonia y Mecklemburgo formaron juntos la paz de Brandeburgo; los señores y las ciudades del Norte y del centro de Alemania concluyeron la paz de Turingia y la paz de Westfalia. Las ciudades de Suabia opusieron á la liga de los señores llamada la sociedad del Leon de oro, otra asociacion intitulada la paz de Ehingen (1382). Hubo ademas las confederaciones de los Cuernos, del Halcon, de la Estrella, de san Guillermo, de san Jorge, etc., que tomaron por modelo la del Leon de oro. Wen-

ceslao no intervenia en nada, y solo se mezclaba en los negocios del imperio para ejercer su tiranía. El descontento llegó por fin á su colmo. Divulgáronse sus vicios, y se exageraron divulgándolos. En su consecuencia, los electores se juntaron y lo depusieron (1400).

Su sucesor Roberto de Baviera malogró todas sus tentativas, y procuró en vano fortalecer la autoridad imperial en Italia. Su derrota junto al lago de Garda le dió á conocer que este era un país perdido para siempre para él y sus sucesores. Ni siquiera pudo sostener dignamente su poder en Alemania. Los señores formaron ligas sin su autorizacion, y se vió obligado á reconocerles este derecho. Despues quiso emplearse en restablecer la paz y la tranquilidad de la Iglesia, pero murió de repente sin haberlo logrado (1410). El hermano de Wenceslao, Sigismundo, que le sucedió, fue mas afortunado. A su advenimiento la Alemania estaba dividida y reconocia tres emperadores. Unos habian vuelto á llamar á Wenceslao, otros estaban por José de Moravia, y el número mas crecido proclamaba á Sigismundo. La muerte de José hizo cesar esta division. El vil Wenceslao fue olvidado, y los votos recayeron en Sigismundo, que era ya rey de Ungría y elector de Brandeburgo (1410). Este príncipe se entendió entonces con Juan XXIII para pácificar la Iglesia.

Concilio de Constanza. — *Sigismundo (1414-1417).* Para restablecer el orden en el imperio era menester comenzar por extinguir el cisma que tenia sumergida la Iglesia en la anarquía. Sigismundo lo comprendió así, y se esforzó en persuadir á Juan XXIII á convocar un concilio general. Constanza fue el punto escogido para esta grande asamblea. Tres patriarcas, veintidos cardenales, veinte arzobispos, noventa y dos obispos, ciento veinticuatro abades, ciento ochenta sacerdotes, un crecido número de doctores, mas de mil seiscientos principes, señores, condes y caballeros, acudieron con numeroso acompañamiento. El papa abrió el concilio el 5 de noviembre de 1414. Despues de las disposiciones preliminares que tendian á regularizar la marcha de la asamblea, Juan XXIII abdicó en obsequio de la paz. Habiendo luego

retirado su abdicacion, el concilio lo depuso y lo condenó. Gregorio XII abdicó tambien; pero el obstinado Benedicto XIII persistió en su determinacion. Casi toda España lo abandonó; pero encerrado en Peñíscola, en el reino de Valencia, fue tambien depuesto por los padres de Constanza. En seguida los cardenales y treinta diputados del concilio eligieron unánimemente á Martin V, y la calma se restableció en la Iglesia por algún tiempo (1417).

Condenacion de los Husitas. Ademas del negocio capital del cisma de la Iglesia, el concilio de Constanza se ocupó de la condenacion de una herejía terrible. Juan Wicklef, doctor de la Gran Bretaña, habiendo atacado en sus escritos el pontificado, la gerarquía de la Iglesia, las indulgencias, los sacramentos, los votos monásticos y el celibato de los sacerdotes, Juan Huss, rector de la universidad de Praga, habia adoptado todos sus errores. Él los habia propagado en la Bohemia, y habia encendido todo el reino con sus predicaciones. Citado á su tribunal por Juan XXIII, quemó públicamente la bula de este papa, y se mostró así digno precursor de Lutero. El entredicho fue lanzado contra la ciudad de Praga. Aterrado Wenceslao con esta medida, hizo salir á Juan Huss de su capital. Este recibió de Sigismundo un salvoconducto que era una especie de pasaporte para dirigirse al concilio. Fue oido, se examinó su doctrina, y él fue condenado. Habiéndose negado á retractarse, fue entregado al brazo seglar. Se le aplicó la ley contra los herejes y fue quemado vivo (1415). Su amigo y discípulo Gerónimo de Praga fue condenado al mismo suplicio.

§ IV. Desde el concilio de Constanza hasta la coronacion de Federico III (1417-1452).

Guerra de los Husitas (1419-1434). El suplicio infigido á Juan Huss y á Gerónimo de Praga exasperó el ánimo de sus partidarios. Levantáronse al mando del fanático Juan Ziska, y entraron en la casa consistorial de Praga, donde mataron á

todos los magistrados católicos. Se derramaron luego por la Bohemia, saquearon los conventos, incendiaron las iglesias, y maltrataron á los sacerdotes. Wenceslao murió de terror. Su sucesor Sigismundo envió uno tras de otro cuatro ejércitos que los rebeldes derrotaron (1420-1431). Entre tanto, la peste mató á Ziska, que mandó en su lecho de muerte que se hiciera con su piel un tambor para encender el furor de los combates (1424). Nombraron en su lugar á Procopio, que los llevó á desolar la Misnia, la Sajonia, el Brandeburgo, la Franconia, la Baviera y el Austria. Su guerra era exterminadora. Llamábanse los elegidos de Dios. Habitaban el monte Tabor y tomaron el nombre de Taboritas. Los pueblos que los rodeaban eran los *Filisteos*, los *Iduneos*, los Moabitas, anatematizados. Su dogma era que comenzaría el reino del Señor cuando las ciudades de la tierra fueran incendiadas y reducidas á cinco. Quemaban pues y devastaban, como si cumplieran así la voluntad del cielo.

Concilio de Basilea (1431-1449). Sigismundo estaba desesperado. Para domar á estos herejes no vió mas remedio que apoyarse en la autoridad de la Iglesia. Sostuvo pues al concilio de Basilea, en sus débiles principios, y cuando vió un número de miembros bastante imponente, citó á los husitas ante esta augusta asamblea (1434). Procopio se presentó con algunos partidarios. El aspecto y los discursos del sectario helaron de terror á los padres del concilio. Discordaron los pareceres; pero se enviaron diputados á Bohemia, que tuvieron la fortuna de reconciliar con la Iglesia á una parte de los herejes (los *calixtinos*), permitiéndoles comulgar bajo las dos especies. Los demás no tuvieron bastante fuerza para resistir. Procopio y sus Taboritas fueron vencidos en la batalla decisiva de *Bekmischbrod* (1434). Sigismundo trabajó en seguida activamente para restablecer su autoridad en Bohemia. En la pacificación de Iglau, que tuvo lugar dos años mas tarde, fue proclamado rey de aquel país (1436).

Disputas del concilio de Basilea con el papa (1431-1449). Martín V había disuelto el concilio de Constanza sin satisfacer todas sus exigencias. Él había convocado el de Basilea

para completar las reformas iniciadas, pero murió antes de que se reuniera. Su sucesor Eugenio IV descubrió desde el principio el ánimo hostil de algunos obispos contra Roma. Para evitar nuevas discordias, retractó sus bulas de convocación, y resolvió trasladar á otra parte el concilio. Los obispos resistieron las órdenes de Eugenio, declararon que el concilio era superior al papa, dieron decretos de reforma contra la corte romana, se apoderaron de las annatas, privaron al papa de algunas prerogativas, y pretendieron que no tenía derecho de disolver, de reunir y de trasladar un concilio ecuménico. Este negocio, de suyo tan envenenado, vino á complicarlo la relación de la Iglesia latina con la Iglesia griega. Juan Paleólogo II deseaba la reunión de las dos Iglesias. El concilio de Basilea ambicionaba llevar á cabo esta reconciliación, pero los Griegos prefirieron acudir al papa. Eugenio IV trasladó el concilio de Basilea á Ferrara (1438).

Los padres del concilio se negaron á obedecer y consumaron el cisma. Los otros obispos se adhirieron á la comunión del papa y se dirigieron á Ferrara. Durante muchas reuniones se discutieron los puntos doctrinales que separaban á los Griegos de los Latinos. La reconciliación no se verificó en esta ciudad. El papa trasladó el concilio otra vez mas á Florencia y allí se unieron solemnemente las dos Iglesias (1440), declarando que tenían la misma fe, el mismo culto y los mismos sacramentos. Los padres cismáticos de Basilea no tuvieron ya ninguna contemplación á Eugenio IV; lo depusieron, y crearon un antipapa en la persona de Amadeo, duque de Saboya, á quien llamaron Felix V (1440).

De la conducta de los emperadores durante estas disensiones (1431-1452). Sigismundo favoreció el concilio de Basilea en su origen para servirse de él contra los husitas. A su muerte, Alberto II de Austria, habiendo recibido la corona imperial (1438), aceptó en una asamblea celebrada en Maguncia en 1439 las principales conclusiones de este concilio. Pero murió sin hacer cosa notable al cabo de dos años de reinado (1440). Su sucesor y su pariente Federico III, príncipe pacífico y bien intencionado, resolvió unir los obispos disidentes

de Basilea, y hacer cesar este cisma escandaloso. Con este objeto se puso en relaciones con Nicolás V, que había sucedido á Eugenio IV (1447). Juntos concluyeron el *concordato germánico*, que es un tratado de paz entre la santa sede y el imperio. En este intervalo abdicó Felix V. Viéndose de esta suerte abandonado el concilio, se sometió al jefe de la Iglesia universal (1449). Así terminó el gran cisma de Occidente despues de haber durado setenta años. Federico III, que descaba ardientemente recibir la corona imperial, pasó á Italia, y fue consagrado emperador por manos de Nicolás V (1452). Este es el último de los príncipes alemanes consagrados en Roma (1).

§ V. Resumen de los diversos cambios que sufrió la constitucion imperial desde la muerte de Federico II.

Durante el grande interregno, los reyes de Dinamarca, de Polonia y Ungría se separaron completamente del dominio imperial. Los condes de Holanda, de Seelanda, de Frisa, de Juliers, de Cleves, de Luxemburgo y otros muchos se *inmediatizaron*. Los siete electores del imperio fueron definitivamente reconocidos. Los arzobispos de Maguncia, Colonia y Tréveris, el duque de Baviera conde palatino, el rey de Bohemia, el duque de Sajonia y el margrave de Brandeburgo se revistieron de este alto poder.

Las ciudades se confederaron, y adquirieron rango de potencias inmediatas.

Rodolfo de Habsburgo, se esforzó en fortalecer la dignidad imperial menguada por los desórdenes del interregno. También intentó hacerla hereditaria, pero este proyecto solo le acarreó amargos disgustos. Diferentes casas de Alemania se la disputaron con encarnizamiento, y se debilitó atravesando

(1) SUCESION DE LOS EMPERADORES: Enrique VII de Luxemburgo (1309-1313); Luis V de Baviera (1314-1347) y Federico de Austria (1314-1330); Carlos IV de Luxemburgo (1346-1378); Wenceslao (1378-1400); Roberto de Baviera (1400-1410); Sigismundo (1410-1437); Alberto II de Austria (1438-1440); Federico III (1440-1493).

por una série de intrigas y de cábalas. En estos conflictos perdió sus derechos en Italia, renunció piadosamente á sus antiguas pretensiones sobre el reino de Arles, y se concentró en sus propios Estados para defenderse en ellos de sus enemigos interiores.

Cárlos IV regularizó la constitucion imperial con la *bula de oro*; pero determinando los derechos de los electores y realzando su poder, debilitó la autoridad imperial. Además él sancionó las usurpaciones de los príncipes y enagenó los dominios de la corona. Despues de su muerte el título imperial fue un título nominal, cuyo valor dependia del que tenia su poseedor. Así con Wenceslao la diadema se vió degradada; brilló en Sigismundo con toda la gloria de este príncipe, pero no fue poderosa en Alemania y Europa hasta Maximiliano y Cárlos Quinto, cuando la casa de Austria reunió por matrimonios y herencias las mejores posesiones del antiguo y del nuevo mundo.

Las Dietas generales ó los Estados del imperio aumentaron su poderío en proporcion directa de la debilidad de la autoridad imperial. No teniendo el emperador fuerza para intervenir en sus decisiones, llegaron á un estado de soberanía casi absoluto.

Los diversos representantes de la nacion formaron un cuerpo federativo aparte con arreglo á su dignidad. Los electores tuvieron su colegio particular y conservaron exclusivamente el derecho de elegir emperadores. Los príncipes que ocupaban despues de estos el primer rango en el imperio, formaron otro colegio donde se debian discutir sus intereses particulares. Las ciudades confederadas compusieron otro, y bajo Adolfo de Nassau, en 1293, adquirieron derecho de votar en las dietas generales.

Estos diversos cambios fueron un progreso en la civilizacion de Alemania; pero el pais era todavía desgarrado por las guerras civiles y el mas atroz vandalismo. Cortado como está por rios y montañas, el poder se fraccionaba de dia en dia, y esta falta de unidad era la causa de continuas luchas y de rivalidades incesantes. En aquellos tiempos anárquicos, la

guerra privada era el único medio que se conocía para hacerse justicia. Desde Enrique III hasta Federico II se ven una multitud de decretos imperiales que tienen por objeto exclusivo la conservación de la paz. Rodolfo y sus sucesores prosiguieron el mismo fin con igual ardor, pero casi sin éxito. Hasta Federico III y Maximiliano no se aplicó un remedio eficaz á esta llaga, estableciendo una jurisdicción suprema y dividiendo en círculos la Alemania.

CAPITULO II

De la Italia durante esta última época de la edad media (1).

(1303-1452.)

El cuadro de la Italia presenta en esta época mucha confusión. Las facciones de los Güelfos y Gibelinos trastornan sin cesar este desgraciado país, y por otra parte estas parcialidades no tienen un color político bien determinado. Ciudades gibelinas adoptan un régimen liberal, y ciudades güelfas se doblegan bajo el yugo de la mas odiosa tiranía. Los papas, los reyes de Nápoles y los Franceses están por los Güelfos; el centro de sus operaciones es Florencia. Los emperadores de Alemania por el contrario están por los Gibelinos. Lo que se observa especialmente al considerar estas luchas es que las ideas y las instituciones de la edad media desaparecen. La fe es reemplazada por el interés y el egoísmo. A las municipalidades libres sucede la absoluta autoridad de uno solo. Así reinaron en Florencia los Médicis, en Milan los Visconti y los Sforzia. Las ciudades pequeñas de Lombardia se postran á los piés de una familia que les impone su ley. Venecia y Génova, despues de su rivalidad, dejan de ser potencias marítimas, y la toma de Constantinopla les quita su carácter de ciudades comerciales. Nápoles y Sicilia están á pique de pasar á la dominación extranjera. En todas partes aparecen los elementos de una nueva política. Solo Roma conserva en medio de todas estas vicisitudes su posición independiente. Pero todavía, como lo hemos dicho, el poder de sus pontífices en lo temporal disminuye mucho.

§ I. De Roma durante la residencia de los papas en Aviñon

(1309-1377.)

De Roma hasta la conspiracion de Rienzi (1309-1347). Mientras residieron en Aviñon, los papas tenían en Perusa un legado, que administraba en su nombre los Estados de la Iglesia. Pero

(1) AUTORES QUE SE PUEDEN CONSULTAR: Raynald, *Annales ecclesiastici*; Muratori, *Annales*; Th. Fortiflocca, *Histoire de la conjuration de Rienzi*; Daru, *Histoire de Venise*; Botta et Léo, *Histoire d'Italie*; Machiavel, *Histoire de Florence*; Giannone, *Histoire civile du royaume de Naples*. Aunque estos últimos autores no están animados del mejor espíritu, sin embargo no nos atrevemos á citar despues de ellos á Sismondi, *Histoire des républiques italiennes*, por la pasión y la mala fe que se descubre en las obras de este historiador.